



Relatos de Feministas Socorristas Aborteras

Socorristas en Red: Somos activistas feministas que acompañamos a mujeres que deciden abortar.

5
Octubre 2017

Aborto despenalizado, aborto legal, aborto libre, aborto feminista

Cuando una mujer toma la decisión de abortar, cuando esa íntima voluntad está clara, nada la va a hacer cambiar de opinión.

Ni siquiera la ilegalidad que es una manera de aislarnos, de atemorizarnos, de poner en riesgo nuestras vidas.

Pero el aborto con medicamentos es una práctica segura cuando sabes cómo hacerlo y no estás sola.

Las Socorristas en Red (feministas que abortamos) lo sabemos y por eso nos organizamos, lo aprendimos de las mujeres que nos inspiraron y de la experiencia acumulada desde 2012, cuando nos fundamos para acompañar a otras en el momento delicado de abortar, para ofrecer escucha, información segura y vínculos con consultorios amigables.

Para ofrecer cobijo contra la intemperie que significa que la ley patriarcal diga que no podemos decidir sobre nuestros cuerpos.

Somos alrededor de doscientas feministas de diversas edades, la mayoría muy jóvenes que activamos en distintas geografías de nuestro país, desde la Patagonia hasta el Norte, en Cuyo, en el Centro, en la Mesopotamia.

Nuestros saberes surgen del diálogo y la acción entre generaciones, de cada aborto que acompañamos, de valorar la particularidad de la experiencia singular y de la potencia que significa ponerlas en común: acompañar es estar acompañada.

Nos llamamos Socorristas porque nos reconocemos en los Socorros Rosas que ofrecieron las feministas en Italia, y de servicios de aborto que se brindaron en Estados Unidos y en Francia, en las décadas del 60 y el 70.

Tejemos una red que se anuda entre todas, con hilos de cuidados feministas, entre el acompañamiento y lo que comparten las miles de mujeres que año a año atraviesan la experiencia de abortar sabiendo que no están solas.

Hay cuarenta y dos grupos de Socorristas en Argentina. Y más allá de las fronteras, a lo largo de América Latina y el Caribe, tendemos lazos con otras feministas comprometidas en la misma tarea. Todos los números y formas de contacto están en nuestra página web; podés llamar, te vamos a atender: www.socorristasenred.org

Porque así ponemos en práctica el feminismo: transformando la vida concreta de quienes necesitan abortar ahora mismo y reclamando aborto despenalizado, legal, libre y feminista.

Abortar es un duelo pero también un acto de libertad. El socorristismo te sostiene en tu decisión. ¡No estamos solas, nos tenemos entre nosotras!

Argentina – Octubre 2017

Esta publicación es posible por el aporte de Fondo Global de Mujeres



Socorristas en Red
(feministas que abortamos)
www.socorristasenred.org

Relatos de Feministas Socorristas Aborteras

Viento. Otra vez viento, de ese que se cuela por debajo de las hendijas, ese que se posa sobre la mesa dejando una estela para dibujar con el dedo. Ese que nos despeina y nos paspa los cachetes. El pronóstico indicaba otra vez viento. Y no se equivocaba.

Esa mañana a las 7.05, me pasó a buscar Lili; habíamos arreglado hacía unos días que el martes me prestaría el auto. Así fue, me mandó un mensajito temprano que decía “yendo”. Esperé diez minutos y salí a la vereda. Miré las poquitas hojas que le quedaban a un árbol. Las miré sacudirse con la brisa mientras esperaba. Parecía que bailaban o que querían sorprenderme en esta mañana.

Llegó Lili, subí a su auto, fuimos hasta su trabajo charlando sobre nosotras, sobre cómo estábamos, hacía mucho que no nos veíamos. Llegamos, bajamos, me abrazó y me dijo: “Cualquier cosa hoy estoy de guardia hasta las diez de la noche. Llamame”. Siempre Lili está al pie de la teta. Con sus saberes de enfermera, sus saberes socorristas, su auto, sus abrazos, su tiempo y sus buenas energías para conmigo y los pedidos que le hago en cada in-situ.

Ese día yo tenía, además, reunión con las madres y padres de mis purretes de 6to grado. La noche anterior dormí poco. Pensé mucho. Siempre me generan nervios, ansiedad y mucha preocupación esos encuentros con las familias, donde las docentes somos interpeladas por cómo hablamos, qué enseñamos, cómo escribimos, cómo nos peinamos y todas esas pequeñeces de la vida escolar. En fin, fue una noche un poco agotadora de pensamiento que envolvía y un poco apretaba. Entre el sueño y los nervios, recordé escribirle un mensaje a Nadita. Me ocupé de pedirle que para este encuentro trajera unas empanadas y una frazada. Nadita sería mi dupla acompañante. Sería mi sostén, el sostén de Venecia y finalmente, sería también, el sostén de Federico.

Llegó el martes. La reunión con las familias salió preciosa. Acompañada, respetuosa, agradecimientos y conversaciones extras en los pasillos. Cuando se dan por enteradxs que lxsniñxs me importan, que me conmueven y que trato, cada día, de hacerles sentir que su presencia es muy importante en el aula y en la escuela, entonces sé que tiene que salir bien.

Salí contenta de la escuela directo a encontrarme con Venecia. Su nombre es especial y así es ella. Parece flotar. Es tranquila

como un remanso. Su voz es dulce y amable. Hablapoco y sus silencios son tan profundos que podíamos zambullirnos para conectarnos con nosotras mismas. Todas las telefonistas habíamos hablado con ella. Todas estábamos al tanto de su situación, de sus semanas de gestación, de su hijo pequeño. Las telefonistas estábamos cuidando a Venecia desde la primera llamada que hizo.

Para el encuentro el único pedido que nos hizo fue: “Voy donde sea, pero necesito llevar al bebé”. El niño de apenas ocho meses, está muy bajo de peso y hacía poquitos días le habían dado el alta luego de una larga internación por estar desnutrido y por bronquiolitis. Tan pequeño, tan frágil, tan silencioso como su mamá. Lxs pasé a buscar por el lugar acordado. Estuvo puntual ahí. Tuvo que viajar 30 kilómetros pero no me hizo esperarla de más. Cubría del viento al bebé con una manta blanca de algodón.

Cuando llegamos a casa ya estaba Nadita en la puerta esperándonos. En casa de Venecia no estaban las condiciones materiales adecuadas para el aborto, es así que decidimos juntas ir a casa.

Venecia empezó con el tercer paso ahí, junto a nosotras. Charlamos, tomamos mates, comimos algo e hicimos conexión con Federico. Sabíamos que había que cuidarlo más adelante así que nos fuimos dando estrategias para ver con cuál de las dos se daba más. También nos dimos cuenta que deberíamos haber tenido algún juguete.

Dos horas después del paso tres, Venecia empezó con muchos dolores. Se notaba en sus gemidos y en su rostro. Agarré al bebé a upa y lo hice dormir. Mientras yo estaba en la pieza hamacando y cantando al bebé Duerme, duerme negrito, que tu mama está abortando negrito... Nadita charlaba con Venecia. Yo las escuchaba reírse y hablar. Me daban ganas de estar ahí; pero sabíamos que había que cuidar al bebé y en ese rato me tocó a mí.

Venecia estaba tranquila pero dolorida. Iba de la cocina al baño. Luego salía afuera a fumar. Entraba, caminaba, trataba de charlar, se reía, contestaba mensajitos y se sentaba. Yo la miraba y su rostro cada vez se iba “transformando” más. Es casi indescriptible, el dolor aparece en los poros. En los ojos. En la boca. Duele, duele tanto que el dolor la rodea acaparando cada centímetro de su piel.

Federico se despertó a eso de las cinco de la tarde. Ya Venecia no lo agarró. Iba y venía al baño. Mientras el bebé dormía, Nadita buscó todo lo necesario para el momento final y me dijo: “Dejé todo ahí. Vos ocupate de estar con ella. Yo me ocupo del bebé”. Así fue. Buscamos unos títeres de dedos y un títere (otro) de payaso que tengo muy a mano y con eso Nadita supo entretener muy bien a Federico. Una bruja, una cabrita y un payasito tuerto. Lo único más o menos decente para jugar.

Venecia estaba muy dolorida. Calenté paños y les puse unas gotitas de aceite de lavanda. La calmó mucho y se fue al baño. Estuvo alrededor de media hora ahí adentro. En un momento me acerqué y le pregunté si quería que entre, si estaba bien... “Estoy bien”, mientras lloraba silenciosamente, pude escucharla a través de la puerta.

Lloró sola en el baño. No quería que yo entre. No quería que Federico la viera llorar. No quería preocuparnos. “Me duele. Pero no da para andar a los gritos acá con ustedes”, le había dicho a Nadita un rato antes. Lloró sola. Lloró con ganas. Lloró con silencio. Lloró con culpa. Lloró a quien no podía venir a este mundo.

Una hora antes del paso cinco, Venecia abortó sentada en el inodoro. Abortó llorando y gritó: “¡Belén!”. Pedí permiso para entrar. Sus lágrimas estaban ahí, intactas en sus mejillas bajando como bajan los ríos tranquilos de la cordillera. Le acaricié el pelo (siempre hago eso con las mujeres en el momento después de la expulsión. A veces les doy besos en la frente, esto me recuerda a mi mamá y a mi infancia), y le sequé las lágrimas con mi mano. Enseguida me dijo: “No quiero ver”. Le expliqué que yo necesitaba mirar y si me daba permiso. Así fue. Faltaba un poco aún. Estuve con ella un ratito mirándola a los ojos, le conté y le expliqué lo que estaba pasando y entonces me senté en el borde de la ducha. Esperé con ella. Esta vez las hojas de los árboles las veía en las pupilas de Venecia. Era como si de repente la vida estaba en verano y ya ni siquiera se escuchaba silbar al viento. No lloraba. No había dolor. Sólo había espera.

Le dije de ir a buscar una botella porque eso la ayudaría mucho. Salí. Agarré la botella y escuché: “¡Belén!”. Nadita dijo, mientras tenía a Federico a upa y a los títeres en los dedos: “Ya está”.

Entré al baño. Y sí. “Ya está” era una buena definición... “Ya está”, el alivio como cascada nos inundó. Venecia al fin

sonreía. Venecia al fin podía ponerle palabras a tanto silencio. Se reía y hacía chistes.

Después del aborto, estuvimos un rato juntas. Se preparó unos mates dulces y criticó los amargos que yo había hecho durante toda la tarde y ella no había querido tomar. Le calentamos las empanadas y el dolor ya no estaba. No había rastros de dolor en su cuerpo. Las tres estábamos muy tranquilas. Agotadas. Casi sin energías. El bebé feliz. Chupeteando todos los títeres y sonriéndole a Nadita, casi como si estuviese agradeciéndole todo su amor y cuidado en ese rato.

A las 19.30 la llevamos a su casa. Nadie hablaba. Los párpados pesados, la alegría en las manos y una sensación de paz inigualable.

Al regresar, después de dejarla en su casa, pasamos a comprar una gran cerveza, una piza y nos sentamos a comer. Felices. Acompañadas. Juntas. Con Ruth al teléfono todo el día acompañándonos. Con Lili llamando para ver cómo iba todo...

Más tarde llegaron mensajes de otras revueltas y no revueltas... todas ahí cuidándonos, acompañándonos, estando cerquita, escribiendo mensajes amorosos.

Vamos aprendiendo que el socorrismo es una nueva política de afectos. Aprendemos que tenemos sentimientos nuevos que nos ensanchan. Que nos afectamos con esas mujeres que abortan, entre nosotras y con nosotras mismas de una manera novedosa. Aprendemos a mirar la vida en red o deseamos que así se empiece a construir.

Belén Grosso,
Colectiva Feminista La Revuelta
Neuquén, Invierno de 2017

Viento en Venecia